

SOBRE EL PROGRESO RENTERIANO

AQUILATANDO CONCEPTOS

POR D. LUIS DE JAUREGUI, PBRO.

ES innegable que Rentería, nuestra noble y leal villa, se ha transfigurado en los últimos quince años; que se ha embellecido y agrandado y que lejos de estacionarse en la marcha emprendida, avanza con raudo paso, llevando en sus entrañas inquietudes transformativas que se traducen año tras año en obras vitales de subido progreso.

Ese gesto de vida, y de vida joven y robusta, es digno de toda loa y nos debe llenar de noble orgullo a cuantos vimos la luz primera dentro de sus muros, pues a vista de ojos se ve, que ese movimiento siempre ascendente va acuciado por ansias idealistas de mayor perfeccionamiento social.

Mas estas palabras merecen, a mi juicio, explicarse con alguna mayor amplitud, ya que pudieran sonar a algunos de mis lectores a amalgama y transacción con el error, como si por ellas pretendiera yo hacer la apología de un progreso meramente material y físico divorciado de toda idea de Dios, fuente de todo progreso. Palabra es esta relativamente nueva, usada para expresar una idea vetustísima, tan vetusta como el mundo mismo, la de perfección y adelantamiento así en el orden intelectual y moral como en el material y físico. Y sin embargo, a fuerza de ser traída y llevada por calles y plazas ha sufrido tan ostensibles evoluciones semasiológicas, que hasta ha servido de testafarro para cometer los más vandálicos actos consignados en la Historia de casi todas las Naciones modernas, para baldón y mancilla de la cultura sin Dios.

Menguado sería, en efecto, quien no reconociese en toda aquella vilísima jornada sanguinaria en España los años 1834 y 1835, llamada matanza de los frailes, que comenzó aquel horrible jueves, 17 de Julio, «día de vergonzosa recordación más que otro alguno de nuestra historia,» son palabras de Menendez y Pelayo,—menguado sería, digo, quien en aquellas Euménides revolucionarias no reconociese el influjo acentuadísimo de las malsanas doctrinas de los llamados *progresistas*. Puédesse imaginar siquiera, que en nombre de progreso se arme a una turba de sicarios y se la lance a una matanza canibalesca, cuya realista descripción aún hoy hace erizarse los cabellos, trae a las mentes las salvajadas de aquella otra banda de foragidos de Anual?

Ignoro si algún lector atacado de esta fiebre progresista ha de pasar su mirada sobre estas líneas. Si así ocurriera, bastávale reflexionar sobre el hecho, hoy con caracteres de evidencia revestido, de que en medio de la bancarrota universal de ideas y doctrinas que padece la Humanidad actual, es el Vaticano el único faro de donde sin cesar irradian los rayos de la más subida cultura intelectual y moral y a donde tienden la mirada los pueblos cansados ya de luchas fratricidas y hambrientos de unidad y de paz. Sepa también que no puede llamarse, sino por antífrasis, *progreso*, a aquellas teorías (o dicho sin eufemismos) utopías y sofismas de la más baja ralea en cuyo fondo no late sino

una antropofagia de carne clerical inventadas por el odio y la ambición con el propósito de legalizar robos sacrílegos y cubrir túpido velo salvajes abominaciones.

Otros hay—y son hoy legión—, que por progreso entienden; sí el mejoramiento del hombre individual y social, pero considerando al hombre en su ser natural, nó en el pedestal sobrenatural en que está colocado en la actual economía el linaje humano. No seré yo quien niegue, que la cultura, la moderna urbanización de los pueblos, los inventos y adelantos todos materiales de que estos se glorían, sean y merezcan en verdad llamarse progresos de la Humanidad; lo que sí niego es, que esos adelantos constituyan el progreso mismo general y absolutamente considerado. Para que merezca tal honroso nombre, para que el progreso sea integral, es fuerza que abarque al hombre todo: por tanto, si se perfecciona el cuerpo y el alma no, si los individuos se hacen en cierto modo mejores pero nó la familia y la sociedad, si la razón se desentiende de la Fé y corren en direcciones opuestas, si, en una palabra, se rompe esa armonía que Dios ha puesto en la Creación y se aniquila el equilibrio que debe existir entre la parte física y espiritual y entre los diversos grados de perfección del Universo, entonces podrá suceder. y de hecho sucede, que haya algún progreso parcial de la actividad humana, pero no tendremos el progreso integral y armónico, el cual lejos de apartar al hombre de Dios y los bienes eternos a El le conduce, como fuente que es inexhausta de toda perfección creada. Luego, el progreso, como atinadamente observa el Diccionario Apologético del Dr. Jauregui, «no puede ser el transtorno, el desorden, la revolución; sino que debe ser el desarrollo lógico, prudente y durable de las perfecciones anteriormente adquiridas».

Que estas consideraciones sobre la verdadera noción de progreso, (que como habrá ya notado el discreto lector se identifican con la idea de perfección que preconiza el Cristianismo hace veinte siglos) deban ser tenidas en cuenta por los directores de los pueblos, se deduce del hecho bien probado y asentado, de que el progreso moral o religioso no solo es el más importante de todos los demás progresos humanos, sino que es también el fundamento y sostén de todos ellos, como quiera que sin él todo progreso material, intelectual y científico camina fatalmente a la ruina y destrucción del hombre mismo. De ahí la necesidad de que, por utilitarismo industrial mal entendido, no se proteja a lo que no es adelanto y perfección sino exaltación de la bestia humana, vil parodia y remedo de progreso; antes con mano

justiciera, se poden y hasta se desarraiguen, en cuanto cabe, del tronco social cuantos parásitos quieran medrar a costa de la vitalidad de su savia.

Plegue a Dios, que todos contribuyamos, a la medida de nuestras fuerzas a que nuestro idolatrado pueblo renteriano, cuyos progresos en diversos órdenes son bien notorios, lleve a ese engrandecimiento y perfección que constituye el progreso integral y armónico, que ese será nuestro más noble orgullo y nuestro más preciado timbre de gloria.



ALAMEDA GRANDE

Salimillas de Buradón, Julio de 1924.